

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

LOS CAFES HABANEROS.

Por Federica Villech.

**U**NA de las cosas que más caracterizan nuestro pasado, y que dan una idea más acabada de su vida cómoda y sedentaria, y sin grandes problemas a resolver que la sacaran de su marchita, era la abundancia que había por aquellos años en nuestra capital de grandes y lujosos cafés y modestos y democráticos cafetines. Tanto de los primeros como de los segundos podría citarse un número infinito; pero contados son aquellos que por sus especiales condiciones y significación en nuestras costumbres han quedado impresos para siempre en la memoria de los que sobrevivimos a aquellos años. Algunos se conservan completamente renovados, otros permanecen intactos, como en su primera época, y los más han sido barridos por el bar moderno, sin dejar un detalle que los recuerde en lo más mínimo. Se parecen, en lo cursi y pintiparados, a esos nuevos ricos que no mencionan jamás, ni quieren que se les recuerde, sus años muertos de mugre y de miseria.

He aquí por qué son mirados

con tan hondo afecto por los viejos habaneros los contados cafetines de aquella época que se conservan tales y como fueron en su día, sin cederle una pulgada a la moda, ni al gusto moderno; siguen con sus mesitas redondas, no muchas, seis u ocho a lo sumo, de mármol amarilleado por el tiempo; con sus toscos mostradores de madera, en los que, cuando más, y eso para cumplir con las exigencias sanitarias, se le ha concedido unos palmos a la vitrolita, y un par de hornillas de gas a las niqueladas y pomposas cafeteras del día, que ya quisieran cocer el moka como sus modestas antecesoras de burdo metal, de los años 80 al 900.

El postalista y sus amigos recuerdan los cafés El Cuco y La Victoria, situados en la calle de la Muralla, y a los que de madrugada acudían los bailadores del Louvre e Irijoa, cuando terminaba el último danzón en estos bulliciosos templos de Terpsicore. Las alegres parejas invadían ambos cafés, según sus simpatías, entre ruidosas chácharas; y a veces

permanecían en ellos hasta que el ardiente Febo asomaba sus crenchas de oro por el Oriente, limitado allá al principio de la calle, sobre la vieja Plaza de San Francisco.

La Victoria era célebre por su pan a la romana—pan tostado y untado de mantequilla, desde luego asturiana, y bastante rancia por cierto. Hasta entonces nadie supo que los romanos comieran pan con mantequilla. Julián, el gallego sereno de la cuadra, so pretexto de poner orden en la concurrencia, venía de cuarto en cuarto de hora, buscando que le pagaran una toma para "ayudar la madrugada". Uno de los clientes más leales y asiduos de La Victoria era el joven periodista Rafael Pérez Cabello, conocido en el mundo de la prensa por su pseudónimo de "Zerep", Pérez al revés, y por entonces inseparable compañero del crítico Emilio Bobadilla, "Fray Candil", que luego se hizo tan célebre en la Península.

A "Zerep" se le veía sentado ante una mesa, tomando su acostumbrado vaso de leche fresca con ensaimada, en las primeras horas de la noche, invariablemente vestido de pantalón de paño a pequeños cuadros negros y blancos—"todos tenemos"—; correcto chaqué de alpaca negra; zapatos de brillante charol y lustrósima chistera, indumentaria que, con su acicalada barbita rubia terminada en punta, lo convertía en el verdadero tipo del gomoso creado por Cilla, el entonces popular caricaturista del "Madrid Cómic", de Sinesio Delgado.

En El Cuco, su dependiente, el asturianito Domingo, esperaba reclinada la cabeza en apacible sueño en una de las mesillas del fondo, a que, pasadas las cuatro de la mañana, llegara, como él decía, "la tropa ciega": estaba loco enamorado de una de las bailadoras célebres entonces, "Charo la Manzanillera", y ello daba motivo a la "tropa" para entretenidas guasas y burlas con el amostazado dependiente.

Sonaban por aquella época, y eran muy conocidos, contando cada uno con su clientela especial, los cafés El Garibaldino, en Teniente Rey y Aguilar, donde se reunían en amistosa camarade-



a

2

IV JOMLV OKGNINIZADOKV BPOVIZIONAVT

ria algunos redactores de los dos periódicos rivales de entonces: "La Unión Constitucional", órgano de los conservadores, y "El País", de los autonomistas. Por la mañana y por la tarde siempre se veía allí a Paco Díaz, repórter de "La Unión", y a Nieto, de "El País", sentados en una mesa en amigable charla. Nieto, ante un café con leche; Paco, rindiéndole honores a Bacardi y Domecq, dos dioses, decía él, del Olimpo. Guillermo Muniain, joven euskaro, que parecía un criollo de la esquina de Toyo, regente de "La Unión", solía acompañarlos, lo mismo que Lorenzo Bravo, segun-

do regente, y Arias, Ferrer, Ostolaza, Palomares y otros cajistas del mismo periódico. En este café Garibaldino, los días de corridas de toros, se redactaba el periódico taurino "El Puntillero", que dirigía Paco Díaz—"Paco de Oro"—ayudado por el postalista, que le hacía los comentarios con versitos y chascarrillos a la reseña de la corrida; y por ese motivo solían reunirse allí "El Minuto", "El Almendro", otros toreros de cartel y los hermanos Navas, unos jóvenes cubanos del Matadero, entusiastas del arte de Pepe-Hillo.

El Tabernas, en Mercaderes y Teniente Rey, era como una Lonja de los vendedores del comercio. La Isla era entonces un pequeño cafetín en Galiano y San Rafael, con cuatro mesas a lo sumo, y en un ángulo de la salita una escalerilla de caracol que conducía al entresuelo, en donde Pancho, el dueño, soñaba sin duda con el gran café, el mayor de La Habana, que algún día se levantaría en aquel sitio. Otro café de envidiable memoria, que ya ha desaparecido, y que tenía fa-

ma por lo bien que en él se hacía el chocolate, era el que se llamaba El Polaco, que estuvo situado durante mucho tiempo en la esquina de O'Reilly y Compostela, en una pequeña casa de estilo antiguo con techos de tejas y balconcillos volados de madera.

De este café El Polaco recordamos un sucedido muy chistoso. En su vidriera tabaquería, tenía la costumbre de guardar su dinero el senador Sánchez Figueras—el del fatal encuentro con Mo León—por la gran confianza y crédito que le merecía el dueño de ella. Un día se le apareció a éste un individuo presentándole un papel timbrado de la Cáma-

ra de Representantes, en el que Sánchez Figueras le ordenaba entregase al portador del mismo la suma de veinte y cinco pesos, lo que hizo inmediatamente el dueño de la vidriera; pero al ver a las pocas horas al propio Sánchez Figueras y enseñarle el papel con la orden de entrega, el senador vió que habían falsificado su firma y que el incauto tabaquero había sido víctima infe-

liz de un timo. Sánchez Figueras, como era de esperarse, le dió las quejas a Ferrara, que era entonces presidente de la Cámara, mostrándole el susodicho papel con el timbre de la misma; pero aquél no halló que fuera ello prueba suficiente para dar con el timador, y le pidió a Figueras que le aportara otro dato más concluyente, a lo que el representante agregó que, según le había dicho el tabaquero, el individuo del timo *llevaba puesto un chaleco verde*.

—¡Chaleco verde!—contestó Ferrara, con la prontitud y la gracia en él tan características—. Entonces no puede ser más que *Celsito* o *Genovito*... que son los únicos cursis para vestirse que hay aquí en la Cámara...

De los cafés grandes era notable por su importancia en la clase el Europa, de Obispo, el antiguo, siempre hirviendo de noticias y lances, y de donde, en una de sus estancias entre nosotros, sacó el cáustico periodista Luis Bonafoux su ácida novela "El Avispero", y el café de La Perla, que venía siendo El Louvre de la Calzada de Galiano, frente a la iglesia de Monserrate: los tacos de uno y otro café se diferenciaban notablemente en más de un detalle: los del Louvre, llamados "capitalinos", eran más aristocratas; los de La Perla, "extramuros", más democratas.

Se recuerda el de Luz, apagado ahora, y sobre las ruinas del cual se podría escribir una oda tan importante como la de Rodrigo Caro a las "ruinas de Itálica"; aquellos, hoy campos de soledad, fueron un tiempo animado recinto donde bullían cientos y miles de viajeros que iban a tomar los vaporcitos del Muelle de Luz, para trasladarse a la estación de Regla, de donde partían los trenes para el interior de la isla; allí las excursiones políticas de los autonomistas; allí los familiares que acudían a sus respectivas fincas, a celebrar las fiestas de Pascuas; allí el guajiro que se reintegraba a su bohío con los bolsillos repletos de centenes, después de haber vendido sus cosechas...

... en ... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

De este café de Luz se refiere un suceso muy interesante. Don José Baró, catalán millonario del tiempo viejo, acostumbraba a tomar café todas las tardes en aquel establecimiento, siempre servido por un mismo dependiente, al que se había acostumbrado, llegándole además a tomar un grande y sincero afecto. Un día el dependiente le dijo:

—Esta es la última tarde que le sirvo el café, don José.

—¿Y eso?—preguntóle el millonario, no sin cierto disgusto.

—Pues porque lo van a vender, y se dice que cambiarán la dependencia.

—Ma lo seguirás despachando, noy—repuso el millonario, con su cerrado acento catalán de costumbre.

Y, en efecto, don José Baró compró el café de Luz a nombre del citado dependiente, y éste, amo y todo, y ya después con los años capitalista, continuó despachándole muy a gusto el café a su desprendido protector...

Y el Alemán, tan ventajosamente instalado en la esquina derecha de Prado y Neptuno, sede de los súbditos de Guillermo II que celebraban allí sus gloriosos aniversarios con gran consumo de legítima cerveza de Baviera, y propiedad de don José Pujol, que también poseía con Benito Gutiérrez y Manuel Alvarez El Central, en la esquina opuesta de Zulueta. En el café Alemán de Prado se reunía cierto día del año, conmemorativo de una fecha nacional alemana, una familia toda de Baviera, que tenía un comercio "allá abajo", por Inquisidor u Oficinas; se sentaban a las seis de la tarde ante tres mesas que unían a propósito, y allí se estaban todos bebiendo cerveza Munich, sin parar, hasta las dos y las tres de la madrugada, impenetrables, callados, como rindiéndoles secreto homenaje a los emperadores, pretéritos y presentes, de Alemania, cuyas efigies se veían en relieve colgando de las paredes del café en grandes medallones de yeso. Componían la reunión los padres, los abuelos, los hijos, los novios y algún amigo íntimo, y según corrían los años, el grupo disminuía o se renovaba. A cierta hora avanzada de la noche, el olor a cerveza se mezclaba al penetrante del amoníaco, que corría líquido por debajo de las sillas... Cuando estalló la guerra mundial desapareció el grupo por completo.

En los primeros meses de la República veíase todas las mañanas de diez a once, sentado ante una de las mesas de este café Alemán, siempre en la que se hallaba situada delante del balconcillo que daba para los portales frente al Prado, al conocido y célebre co-

ronel republicano español, recién llegado a La Habana, don Nicolás Estévez—marcado porte militar; faz encendida, larga y puntiaguda pera blanca—quien el año 71 se había manifestado públicamente, en la Acera del Louvre, contrario al fusilamiento de los estudiantes; después de su des-

ayuno, que consistía en un vaso de leche helada con un panal, se dirigía al "Diario de la Marina" a corregir las pruebas de sus interesantes memorias que aquel periódico publicaba entonces en sus folletines.

El recuerdo del café Brunet, instalado en el vestíbulo del Gran Teatro de Tacón, va unido al de las compañías de ópera italianas y francesas que en aquél actuaban en 1860, 80, etc., y al de los magníficos bailes de Carnaval que en su época se celebraban en dicho teatro. Las abuelitas decían, allá por los años 70, 75 y 80, que en el café Brunet—el letrado se leía en el frontis de una de sus puertas que daba al parque en grandes letras doradas sobre un fondo azul desvanecido—se tomaba el mejor mantecado de La Habana, y se vendían las más sabrosas yemitas de huevo y coco. Allí tenían sus tertulias Enrique Hernández Miyares, Pancho Varona Murias, Figueredo, Agustín Cervantes, Pío Gaunaud, etc.—todos de bombín—y allí se concertó aquel histórico y frustrado duelo entre Miguel Figueroa y Fidel Domínguez, aquel periodista madrileño, uno de los secretarios que trajo de Madrid el general Salamanca, a quien éste obligó a reembarcarse para España en vista de su manifiesta cobardía, al cederle su puesto en aquel lance al periodista español Fernando Costa, quien resultó herido a sedal en una cadera. En el portal de este café, que también lo era del teatro, acampaba la caballería del general Arolas cuando los motines de los voluntarios españoles, el año 97, a causa del asalto al periódico de Arnautó, "El Reconcentrado". En este portalillo había un fuerte taburete de cuero para subirse sobre él el citado, excesivamente grueso general, y poder montar a caballo cuando daban sus cargas por el Parque y el Prado hasta la Punta.

OKU BHOAIGIONAVT

tos bolliticoa en  
easo blyncitvra  
retonatya es iat  
bol jos boraibab  
a toda yas lert-

ente' jo miamo a  
cos yuamagos' a  
ou baly jos bly-

lyeritico qeaso de  
shenfweton e iua  
e ese eaditit de  
tente rnllocatg  
nizamiento de ja

de antoles cpra  
feneales cprnos'

bdos nreas, los ko  
a vragenatontaga  
naton bletelente  
bdetia a teatit'

laciones democle  
tolmal en ja con  
nabylsqa en lu es  
la ligenre delfe  
e lottete a al ob  
je ja cpritla' no  
je concede e imbo  
lardo' a et qrtitente cprbttitente bol ea-

ol ajto' et lncqemnto a ja lxxou de exte  
es pelosa a mltitrea de mltitrea tncpaa  
lctes dnt manglatelon iurictaambitwmal  
e conatelfen en lertitvdaa tauritrea jos

DA TRIMONIO  
DOCUMENTAL

DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

*Carteles, junio 1911*